

El mártir San Vito, cuya santidad, cuyos prodigios y cuya confesion tanto se celebra en la Iglesia, fué tambien convertido por una mujer. Su madre era cristiana; pero habiendo muerto cuando Vito estaba todavía en la cuna, Crescencia, su nodriza, dándole la leche de la fe, al mismo tiempo que la del cuerpo, lo hizo bautizar sin que lo supiese su padre, furioso idólatra, y le inspiró tal amor á la religion cristiana, que su padre, que se habia convertido en su acusador, en su tirano y en su verdugo, no pudo conseguir por ninguno de los medios de que se valió, que aquel héroe niño abjurase á Jesucristo. El celo infernal de Diocleciano no fué más feliz que el de su padre. Cuando Vito llegó á la edad de la juventud, burló la astucia de aquel monstruo, cansó su furor, y triunfó de todas las caricias con que el tirano quiso seducirle, y de los padecimientos crueles que le hizo sufrir. Crescencia habia sido ayudada por el santo hombre Modesto, preceptor del jóven mártir, para prepararle á los combates del Señor. Por esta razon, el tirano los asoció á su discípulo comun, les hizo participar de los mismos tormentos y les proporcionó la misma corona.

San Cipriano el Mágico (distinto del gran obispo y doctor de este nombre) fué convertido al Cristianismo por la ilustre virgen Santa Justina. Cipriano, que amaba con ardor á esta jóven, prodigio de belleza, se habia valido en vano de todos los maleficios de su arte para conquistar su amor y su mano, sin poder obtener que ella renunciase á la virginidad; por el contrario, la virgen cristiana, con sus oraciones á Dios y con sus irresistibles argumentos, consiguió que Cipriano renunciase á su magia y á su idolatría. Él no habia podido hacer de la virgen cristiana su esposa, y ella hizo de este mágico temible su hermano en la fe y su compañero en el martirio. (*Brev. Rom.*)

Los santos mártires Gervasio y Protasio habian sido educados en la religion cristiana, é inflamados en el deseo de morir por Jesucristo, por su santa madre, que, martirizada á vista de ellos en Milan, les habia dejado en herencia el martirio. (*Ibid.*)

Santa Dorotea, ilustre mártir de Cesárea, en Capadocia, aprisionada por Jesucristo, convirtió de nuevo á Jesucristo y trocó en mártires á sus dos hermanas, Crista y Calixta, que, siendo apóstatas del Cristianismo, habian sido enviadas para que la peryirtiesen y corrompiesen. (*Ibid.*)

Santa Sabina fué convertida al Cristianismo, é instruida en sus misterios y en sus leyes, por la santa virgen Serafia. (*Brev. Rom.*)

De Santa Daria, mártir, se dice que en Roma atrajo al Cristianismo una multitud innumerable de mujeres paganas, y que su esposo, que tuvo la dicha de participar de su martirio, ejerció su celo entre los hombres con el mismo éxito (1). Se refiere esto mismo de otra multitud de santas mujeres, la mayor parte de ellas vírgenes y mártires; parece que la mujer cristiana de aquellos tiempos se dedicaba de una manera activa al ministerio de la conversion de los infieles, y que unia en cierto modo el apostolado de la fe al apostolado de la caridad.

§ VI. — Los confesores de la fe son los trofeos de la victoria de Jesucristo sobre el mundo. — Por qué la misa se celebra sobre sus reliquias. — Las mujeres, desde el origen del Cristianismo, hicieron construir cementerios y conservaron en la Iglesia los preciosos tesoros de las reliquias de los mártires.

Pero ved aqui un importante servicio que las primeras mujeres cristianas hicieron á la Iglesia.

Jesucristo habia anunciado á sus apóstoles que Él venceria al mundo: *Confidete, ego vici mundum.* (Joan., xvi.) Esta profecia se cumplió. Él venció todas las pasiones del mundo, no sólo con su Persona, sino tambien con la persona de sus verdaderos discípulos, y especialmente de sus mártires. San Ambrosio, San Agustin y San Gregorio dicen que la victoria que los santos mártires, de que trataremos despues, alcanzaron sobre los horrores y las seducciones del mundo, no fué otra cosa que la victoria de Jesucristo. Los demas padres de la Iglesia dicen lo mismo, y la misma Iglesia canta diariamente que Jesucristo es el Rey glorioso de los mártires y la corona de los que le confesan, y que Él es quien triunfa en los mártires: *Ree gloriose martyrum, corona confitentium, tu vincis inter martyres* (*Hymnus Martyrum*). Por consiguiente, los cuerpos y las reliquias de los mártires son unas pruebas sensibles, unos testimonios históricos, y al mismo tiempo unos trofeos magnificos y glo-

(1) «Innumerabilem hominum multitudinem, hæc (Daria) mulierum, ille virorum ad Christum converterunt.» (*Brev. Rom.*)

riosos de la victoria del Salvador, y de su fe, de su doctrina, de su gracia y de su religion, sobre el mundo. Ved aquí por qué la Iglesia mira con tanto respeto los restos de los mártires, les tributa un culto religioso, y los presenta á la veneracion de los fieles despues de haberlos cubierto con la vestidura de la santidad; ved aquí tambien por qué todos los cristianos experimentan un sentimiento de gozo, mezclado de respeto, al ver los huesos de los mártires. Todos saben que no es permitido celebrar los divinos misterios sino sobre el ara sagrada, que no es otra cosa que una piedra consagrada por un obispo colocando en ella algunas reliquias de mártires. Esta es la continuacion de la práctica de la primitiva Iglesia, que no ofrecia á Dios el sacrificio eucarístico sino sobre los sêpulos de los confesores de la fe, que, sacrificando con tanto valor su vida por Jesucristo, probaron al mundo que Jesucristo ofreció su sacrificio por la salvacion del mundo.

Pues bien, esos cuerpos, esas reliquias de los mártires, que son la gloria de Jesucristo, el objeto de la ternura de los fieles y de las delicias de la Iglesia, nos han sido conservadas por las mujeres; ellas han hecho cavar á su costa y desenvolver las catacumbas, aquellas admirables ciudades sùbterráneas, en las que, durante las persecuciones, millones de cristianos encontraban un asilo durante su vida y un sepulcro despues de su muerte. Ellas alimentaban con sus bienes á aquellos pueblos de mártires, sepultados vivos en las entrañas de la tierra ó sumergidos en prisiones horribles; ellas curaban sus heridas, y asistian á sus luchas supremas para animarlos con su presencia, para recibir sus últimos suspiros, para arrancar sus preciosos restos á la voracidad de los perros y á la brutalidad de los verdugos, para depositarlos en lugares consagrados, y conservarlos al amor y al culto que más adelante se les habia de tributar por la Iglesia.

Habiendo sido martirizado San Pablo, una matrona romana, llamada Lucina, recogió sus restos venerados, con los que se habia de gloriar despues Roma y toda la Iglesia, los sepultó en una de sus propiedades, junto al gran camino de Ostia, en el mismo lugar donde fué edificado despues el gran templo de San Pablo, la obra de la munificencia piadosa de los césares cristianos y el objeto de la veneracion del mundo.

El primer cementerio cristiano fué el que Priscila, esposa de Pu-

dente, hizo construir en una de sus propiedades, y en él fueron depositados los restos de los primeros mártires, como tambien los del mismo Pudente, y los de sus santas hijas Pudenciana y Práxedes.

La mayor parte de los cementerios y de las catacumbas de los mártires en Roma, conservan aún el nombre de una mujer, porque han sido mandados edificar por mujeres. El mismo cementerio de San Calixto conserva este nombre, porque este santo papa y mártir le hizo dar mayores dimensiones, é hizo depositar en él los cuerpos de muchos santos sacerdotes y de muchos mártires; pero éste era un antiguo cementerio edificado por el celo y la piedad de una santa mujer (1).

Las actas del martirio de Santa Susana nos refieren que una mujer llamada Serena Augusta, esposa del emperador Diocleciano, fué quien conservó sus preciosos restos. Segun dichas actas, esta grande princesa, cuya piedad y cuya devocion á los mártires igualaba á su celo por la fe cristiana que profesaba en secreto en el palacio imperial, habiendo sabido que Santa Susana acababa de ser degollada en su propia casa, llena de un santo gozo por el nuevo triunfo que Jesucristo acababa de alcanzar por medio de esta confesion, se dirigió á ella en la noche del mismo dia. Con su velo imperial enjuga y recoge la sangre de la santa mártir, encierra este velo, mojado en una sangre tan pura, en una caja de plata que coloca en su gabinete, y ante esta caja oraba furtivamente de dia y de noche. En cuanto al cuerpo de la ilustre mártir, despues de haberlo ungido la ilustre matrona con sus propias manos, lo envolvió en unos finísimos lienzos, y lo sepultó en las catacumbas de Santa Priscila, junto al cuerpo de San Alejandro (2).

Quasi todas las lecciones de los mártires que se encuentran en el *Breviario*, nos dicen que siempre fué una mujer la que tuvo cuidado de recoger y sepultar sus preciosos restos, y quiso que esto se

(1) «Vetus cimiterium, in via Appia, ampliavit, in quo multis sacerdotibus et martyres sepulti sunt, unde, ab eo, Calixti cimiterium appellatur.» (*Brev. Rom.*, 14 Oct.)

(2) «Id ubi rescivit Serena Augusta, cum gaudio noctu veniens, collegit corpus sanctæ martyris, et sanguinem ejus terra efusum velamine extersit, posuitque in capsâ argentea in palatio suo ubi diu noctuque furtivis vicibus orare non cesabat. Corpus autem Susanæ ipsa manibus suis ornavit linteis aromatibus, posuitque in cimiterio Alexandri, in arenario.» (*Act. Mart.*)

hiciese en una heredad de su pertenencia, significando de este modo que queria conservar esta parte de la herencia de la Iglesia. Y aún cuando algunas veces se dice que los sacerdotes ó los legos hicieron los honores de la sepultura á uno ó á muchos mártires, se sabe que esto lo hacian invitados á ello por las mujeres. Y en efecto, el pensamiento de recoger la sangre de los héroes de la fe en preciosos vasos, de embalsamar los santos cuerpos y de envolverlos en blancos lienos, no podia nacer sino del corazon de las mujeres, que poseen cuasi exclusivamente la ciencia y el sentimiento de las acciones delicadas, de las santas industrias y de las gracias de la verdadera piedad.

Así, por ejemplo, segun el *Breviario*, Felicitas, noble matrona romana, hizo reunir y depositar en una heredad suya los restos, medio quemados, de San Mario y de toda su heroica familia (1).

Florenia, señora muy distinguida, tuvo el cuidado de dar sepultura, con los más grandes honores, á las reliquias de los Santos Vito, Modesto y Crésencia, despues de haberlos unguido y embalsamado (2).

Máxima, mujer verdaderamente cristiana, dió una sepultura honrosa á los cuerpos de San Geminiano y de sus compañeros (3).

Los restos preciosos de las dos hermanas, vírgenes y mártires, Santa Rufina y Santa Segunda, fueron sepultados por Santa Plautilla en su propio jardin (4).

Los restos del gran mártir San Teodoro fueron envueltos en un lienzo y sepultados por la matrona Eusebia en una propiedad suya donde se edificó despues al mismo mártir la preciosa iglesia que existe en la actualidad (5).

Los restos del pequeño héroe cristiano, San Pancracio (no tenía más de catorce años cuando sufrió el martirio), fueron recogidos en la noche siguiente por Octavilla, que los ungió con bálsamo pre-

(1) «Semiusta corpora Felicitas, matrona romana nobilis, colligenda et in suo prædio sepelienda curavit.»

(2) «Eorum reliquias Florentia, nobilis femina, unguentis conditas, honorifice sepelivit.»

(3) «Maxima, mulier christiana, SS. Geminiani, Luciae et sociorum martyrum corpora honorifice sepelivit.»

(4) «Quorum corpora à Plautilla matrona, in ejus prædio sepulta sunt.»

(5) «Cujus corpus Eusebia matrona, syndone involutum, sepelivit in suo prædio.»

cioso ántes de sepultarlos con sus propias manos en el cementerio de la vía Aurelia (1). El cuerpo del noble mártir San Sebastian, despues de haber sido azotado á muerte y asaeteado por órden de Diocleciano (que, de amigo suyo, se habia convertido en su tirano), habiendo sido abandonado como muerto en la vía pública, fué recogido para ser enterrado por la santa mujer Irene, que habiéndolo encontrado vivo, lo tuvo en su casa, curó sus heridas y sus llagas, y tuvo con él el mayor cuidado hasta que estuvo curado perfectamente (2).

Pero ninguna mujer de aquella época, tan gloriosa para la Iglesia, excedió á Santa Lucina en su afecto á la Iglesia y en su piadoso deseo de honrar los restos de los héroes de la Iglesia. Ella habia instituido á la Iglesia heredera de toda su fortuna; habiendo recibido y ocultado en su casa al papa San Marcelo, le habia cedido su misma casa para que edificase en ella una iglesia (3). Y despues que el santo Pontífice sufrió el martirio, ella fué quien sepultó su cuerpo en el cementerio de Priscila (4). Cuando San Sebastian, despues de haber sido preso segunda vez, y condenado á muerte por órden del Emperador, fué arrojado en la cloaca máxima, Santa Lucina le hizo sacar de aquel lugar inmundo, le tributó los honores de la sepultura, y lo depositó en las catacumbas, que conservan por lo mismo el nombre de este ilustre mártir (5). Finalmente, la misma Santa dió sepultura al glorioso mártir San Lorenzo en el lugar donde existe hoy una hermosa iglesia con el nombre de *San Lorenzo en Lucina*, y tributó los honores mortuorios á este glorioso mártir, de que Roma se gloria tanto como Jerusalem de San Estéban.

Estos piadosos hechos, y otros muchos de la misma clase, se encuentran en el *Breviario Romano*. Así es como la Iglesia, en el libro de su oracion pública, ha querido perpetuar la memoria de la pie-

(1) «Cujus corpus Octavilla matrona noctu sustulit et unguentis delibutum, via Aurelia sepelivit.»

(2) «Noctu sancta mulier Irene Sebastiani corpus, sepeliendi gratia, jussit auferri; sed vivum repertum, domi suæ curavit.»

(3) «Lucina bonorum suorum Ecclesiam hæredem fecit. Marcellus hospicio à beata Lucina recipitur in cujus ædibus ecclesiam dedicavit.»

(4) «Cujus corpus à beata Lucina, in cementerio Priscillæ sepultum, est.»

(5) «Sebastiani corpus, in cloacam dejectum, Lucina ad catacumbas sepelivit.»

dad de la mujer católica hácia las reliquias de los mártires, y darle una muestra de su reconocimiento por el cuidado que ha tenido siempre en conservar á la Iglesia sus más preciosos tesoros.

Pero no diremos más por ahora de la accion y de la gloria de la mujer católica, de la mujer de la Iglesia en los tiempos de los apóstoles y en la infancia de la Iglesia; porque deseamos principiar cuanto ántes á hablar de la grande y magnífica época de los mártires, en que la mujer católica se mostró tan grande y tan admirable en confesar la fe de Jesucristo, y obligó á los espíritus más obtinados á reconocer el poder de la gracia y de la verdad del Cristianismo.

SEGUNDA ÉPOCA.

ÉPOCA DE LOS MÁRTIRES, Ó LA MUJER MÁRTIR DEMOSTRANDO LA DIVINIDAD DEL CRISTIANISMO Y PROPAGÁNDOLA POR TODO EL MUNDO.

§ VII. — Martirio de las jóvenes. — Santa Ines. — Hipotiposis de su confesion por San Ambrosio. — Elevacion de su entendimiento y tranquilidad de su corazon en medio de los más horribles tormentos. — Santa Ines expuesta en un lugar infame. — Martirio de Santa Emerenciana y Santa Eulalia.

No es nuestro objeto referir aquí las maravillas de la constancia y de la fortaleza de la mujer cristiana en la confesion de Jesucristo; esto equivaldria á referir la historia de los tres primeros siglos del Cristianismo. Nos limitaremos, pues, á indicar algunos rasgos particulares, con que las mujeres mártires han manifestado la elevacion de su espíritu, y la ternura, la generosidad, la grandeza y la sublimidad de su alma, y han hecho sus padecimientos prodigiosamente fecundos para aumentar el número de los cristianos para gloria de Jesucristo y para edificacion de la Iglesia.

Comencemos por la más jóven de las nobles confesoras de la fe en Roma, Santa Ines, cuyo martirio cantó San Ambrosio en las

líneas que siguen, y que se consideran como uno de los más bellos trozos de elocuencia cristiana.

«Este dia, dice, es el dia del nacimiento para el cielo de una virgen; sigamos, pues, la integridad; éste es el dia del nacimiento para el cielo de una mártir; por consiguiente, inmolemos hostias (1); éste es el dia del nacimiento para el cielo de Santa Ines. Admírense los hombres, y no desesperen los niños mismos de poder hacer cosas grandes. Admírense las mujeres casadas, y animense las jóvenes á seguir este ejemplo. Pero ¿qué podremos decir que sea digno de aquella cuyo mismo nombre es un elogio? Porque, en efecto, el nombre de esta virgen expresa el pudor (2), su devocion fué superior á su edad, y su virtud fué superior á la naturaleza. Nadie es más digno de alabanza que ésta, que puede ser alabada por todo el mundo. Respecto á esta Santa, cada hombre es un panegirista» (3).

Se refiere que ella sufrió su martirio á la edad de trece años. La crueldad, pues, apareció más odiosa por no haber perdonado á una edad tan tierna; y por el contrario, la virtud de la fe cristiana aparece más grande, supuesto que en una edad tan tierna obtuvo un testimonio tan brillante (4).

Intrépida entre las manos sangrientas de los verdugos, inmóvil en el pavoroso ruido de las largas y pesadas cadenas que movian á su alrededor, ¡cuán hermoso era verla, unas veces presentando su cuerpo á la espalda del soldado furioso, dispuesta á la muerte ántes de haber aprendido á morir; otras veces, cuando la acercaban por fuerza á los altares de los falsos dioses, elevando sus manos á Jesucristo en medio del fuego, y confirmando, en presencia de las

(1) «Hodie natalis est virginis; integritatem sequamur. Natalis est martyris; hostias immolemus.» (*De virginibus*, lib. 1.)

(2) San Agustin, en su bello discurso de Santa Ines, observa tambien que la palabra *Agnès*, en lengua griega, significa castidad.

(3) «Natalis est Sanctæ Agnetis. Mirentur viri; non desperent parvuli; stupeant nuptæ, imitentur inuptæ. Sed quid dignum ea loqui possumus, cuius ne nomen quidem vacuum laudis est? Nomen virginis titulus est pudoris; devotio supra ætatem; virtus supra naturam. Nemo es laudabilior quam quid ab omnibus laudari potest. Quot homines, tot præcones.»

(4) «Hæc tredecim annorum martyrium fecisse fertur. Quod detestabilior crudelitæ, quæ nec minuscule pepercit ætati. Imo magna est fides, quæ etiam ab illa testimonium invenit ætate.»